
LA GEOGRAFIA, ¿DISCURSO INUTIL O SABER ESTRATEGICO?*

Por Nicolás Ortega

Cualquiera que se haya aproximado en los últimos años al terreno de la geografía habrá podido escuchar con bastante frecuencia —y con las más variadas entonaciones— la palabra crisis. Desde hace algún tiempo, las reiteradas alusiones y referencias a lo que se ha dado en llamar la crisis de la geografía no hacen sino expresar, con más o menos acierto y adecuación, la existencia de graves y crecientes problemas que, en todos los niveles —desde el escolar hasta el de la investigación—, parecen cuestionar decisiva y frontalmente la validez y el sentido de «esta antigua disciplina que —como recuerda expresivamente Yves Lacoste (1)— nos ha hecho sufrir a todos en nuestra época escolar».

Por una parte, los estudiantes soportan penosamente y aborrecen con intensidad una asignatura que todavía les obliga, en general, a aguantar incomprensibles y prolijas retahilas descriptivas sin ningún interés y frecuentemente aderezadas con ingredientes «justificativos» procedentes de un rancio —y esterilizador— determinismo físico que permanece enquistado en la médula mis-

* El presente trabajo forma parte de la obra colectiva «*Geografías, ideologías y estrategias*» (Yves Lacoste y otros), que se publicará por Editorial Dédalos, a la que agradecemos su autorización para reproducirlo aquí.

(1) Yves Lacoste, *La Geografía*, en François Chatelet (Dir.), *Historia de la Filosofía. Ideas, doctrinas*, Tomo IV: *La filosofía de las ciencias sociales (De 1860 a nuestros días)*. *Historia de la Filosofía (El siglo XX)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1976.

ma de la inmensa mayoría de los manuales geográficos. Por otra parte, la geografía resulta ser ampliamente ignorada, cuando no expresamente menospreciada, por el resto de la «corporación» científica: los enciclopédicos escarceos de los geógrafos por la geología, la demografía, la historia, la economía o la sociología —ha sido y sigue siendo habitual definir a la geografía como «la ciencia de la síntesis», ocupada en el tratamiento sincrético (frecuentemente reducido, en la práctica, a mera yuxtaposición) de datos heterogéneos correspondientes a muy diversas especialidades— aparecen generalmente, desde la perspectiva de las respectivas ciencias, como mediocres aportaciones o como refritos carentes del más mínimo interés: el geógrafo parece condenado, si permanece fiel a las exigencias de su «disciplina», a ser continuamente algo así como aprendiz de todo y maestro de nada.

Y a todo ello debe añadirse, para perfilar algo más el alcance de la crisis, las cada vez más notorias contradicciones, dificultades e insuficiencias teóricas, epistemológicas y metodológicas que aquejan sin tregua al trabajo científico de los geógrafos. La geografía parece tambalearse peligrosamente y se adentra en una crítica situación —«le temps des craquements», que diría André Meynier (2)— en la que llegan a menudear las dudas sobre su identidad científica. «En muchos aspectos —advierte Lacoste—, la tarea del geógrafo se parece a la del pintor. Además, debido a su carácter enciclopédico, lo que no excluye, sin embargo, la existencia de lagunas llamativas, la geografía puede aparecer como una de las formas típicas de un saber precientífico cuya supervivencia no se explicaría más que por el lugar que ocupa en las instituciones escolares o universitarias».

No resulta extraño, desde luego, el hecho de que hayan proliferado durante los últimos años, en esa situación de profunda crisis, las polémicas o las reflexiones sobre las características definitorias, los problemas fundamentales o las perspectivas teóricas o prácticas de la geografía. ¿Qué es la geografía? ¿Se trata realmente de una ciencia? ¿Sirve para algo la geografía? Estas y otras preguntas semejantes comenzaron a circular con intensidad en los ambientes geográficos, empezando así a abandonarse aquella generalizada y pertinaz costumbre de rechazar —casi siempre con cierto desdén— toda posible reflexión teórica.

Las nociones fundamentales de la geografía comenzaron a ser fuertemente vapuleadas: se empezó a hablar de «el mito de la

(2) André Meynier, *Histoire de la pensée géographique en France*, Paris, Presses Universitaires de France. 1969.

unidad de la geografía», «el mito de la región» y tantos otros «mitos» que, ahora implacablemente «descubiertos» y «denunciados», parecían mostrar con suficiente claridad las esenciales ambigüedades y limitaciones de unos planteamientos geográficos que se consideraban, en definitiva, perentoriamente ubicados «entre el mito y la ciencia» (3). Estas polémicas y reflexiones han alcanzado, en ocasiones, un elevado y certero nivel crítico —tampoco han faltado, todo hay que decirlo, las inevitables trivializaciones y los insufribles oportunismos— y han contribuido claramente, en general, a plantear algunos importantes problemas —teóricos, epistemológicos, metodológicos, pedagógicos— de la geografía, a extender la toma de conciencia en relación con esos problemas y a aportar ciertos instrumentos para el análisis, la interpretación y la discusión de los mismos.

Polémicas y reflexiones, por lo general, útiles y saludables —el sólo hecho de haber contribuido a reintroducir en el territorio de la geografía a la durante tanto tiempo exiliada reflexión teórica es suficiente para justificar esos calificativos—, pero polémicas y reflexiones que, salvo excepciones, son fundamentalmente planteadas y desarrolladas en los estrictos límites de una estricta academicidad que, con su consabida y habitual tendencia a la reducción erudita de cuanto se debate en su seno, permite obviar el análisis y la crítica de algunas características y de algunas problemáticas privilegiadamente definitorias de la geografía, manteniendo el equívoco de que no existe más geografía que la geografía académica y ocultando, en relación con todo ello, las implicaciones políticas y militares —y las consiguientes relaciones con el poder— de un razonamiento geográfico que se muestra, en definitiva, como un poderoso —y peligroso— saber estratégico.

Y es, precisamente, en el terreno del análisis crítico de esas implicaciones políticas y militares y de esas relaciones del saber geográfico (saber estratégico) con el poder, en el terreno de la explicitación de los mecanismos ideológicos que procuran disimular y enmascarar esas importantes implicaciones y relaciones, en el terreno también de la búsqueda de una geografía alternativa en el que se sitúan los planteamientos y las pretensiones de la revista francesa *Hérodote* (4) —su subtítulo es, justamente, *Stratégies, géographies, idéologies*— y, más concretamente, de los

(3) Alain Reynaud, *La géographie entre le mythe et la science. Essai d'epistémologie*, Reims, Travaux de l'Institut de Géographie de Reims, 1974.

(4) *Hérodote*. «Stratégies, géographies, idéologies.» *Revue trimestrielle*. Paris, Editions François Maspero, N.º 1: janvier-mars 1976.

trabajos que, procedentes de ella, aparecen traducidos en este libro.

Dirigida por Yves Lacoste —la revista prolonga y profundiza los radicales y polémicos planteamientos formulados por Lacoste en su trabajo, por muchas razones decisivo y fundamental, titulado *La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre* (5)— y editada por François Maspero —alguna institución francesa de investigación científica ha prohibido expresamente a sus investigadores publicar «en un editor tan politizado como Maspero»—, *Hérodote* cuenta con un «grupo de discusión» en el que aparecen, entre otros, significados nombres como los de Claude Bataillon, François Châtelet, Jean Dresch, Lucio Gambi, Raymond Guglielmo, Bernard Kayser, Jean-Bernard Racine, Alain Reynaud, Michel Rochefort, Milton Santos o Jean Tricart. Científicos y geógrafos de suficiente prestigio, desde luego, como para que hasta los más reacios a escuchar «incómodos» planteamientos críticos se hayan visto obligados, en esta ocasión, a permanecer atentos. Claro que no ha faltado quien se ha apresurado a «preguntar entre bastidores cuánto se había pagado a determinada personalidad para que aceptase figurar en el grupo de discusión de *Hérodote*»...

Hérodote comenzó a publicarse en el primer trimestre de 1976 y la reacción no se hizo esperar demasiado: nada menos que *Annales de Géographie*, el severo y tradicional portavoz de la «escuela geográfica francesa», abandonó su consabida medida para, en su número de julio-agosto de 1976, acusar airadamente de «panfleto», de «empresa de demolición» y de «tentativa caracterizada de desmoralización de los geógrafos» a aquella nueva revista que, además —y ello no dejaba de indignar particularmente al autor de la diatriba, sabrosamente titulada «“Hérodote” a la sauce tartare» (6)—, había osado afirmar que el venerado sabio griego, cuyo nombre se había utilizado para la cabecera —«el padre de la geografía humana», como se le calificaba en el comentario de *Annales*— podía ser considerado como «un agente de información del imperialismo ateniense». Mientras tanto, los estudiantes se apresuraban a expresar su opinión con significativas pintadas en los muros de institutos y universidades: «Ça bouge en géographie!» «Ouf, merci, Hérodote!»...

(5) Yves Lacoste, *La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*, Paris, François Maspero, 1976.

(6) Numa Broc, «Hérodote a la sauce tartare», *Annales de Géographie*, LXXXV, 470, Juillet-Aout 1976, págs. 503-506.

Pero... ¿cuáles son, en definitiva, las formulaciones y las proposiciones básicas de esa revista que ha conseguido, entre otras cosas, provocar desde su primer número el apresurado e intempestivo denuesto de unos y la explícita y agradecida simpatía de otros?

Advirtiendo expresamente que no se trata de «una revista de geografía tal como se entiende habitualmente, tal como existen ya muchas otras, hechas sólo por geógrafos y para geógrafos universitarios», que «se trata menos de presentar trabajos “científicos” que de abrir la polémica en el terreno de la geografía», que se trata, en definitiva, de plantear «la discusión sobre un terreno que ha permanecido hasta ahora resguardado de las polémicas», *Hérodote* —recordando la tantas veces olvidada «función científica esencial que ejerce la polémica»— se sitúa en una línea que «trata de romper la indiferencia general respecto a la geografía, de quebrar esa imagen de saber inútil y las mitificaciones que encubre, de llamar la atención contra sus afirmaciones de evidencia y, sobre todo, de demostrar la importancia del razonamiento geográfico en tanto que instrumento estratégico».

Niega *Hérodote* que puede hablarse de «la geografía», en singular. Porque existen otras geografías —y, por cierto, bastante «útiles»— junto a esa geografía académica, a esa geografía escolar y universitaria, a esa «geografía de los profesores» que desde finales del siglo XIX —y solamente desde entonces— pretende imponerse como la única geografía. El discurso geográfico escolar y universitario no es, ni mucho menos, el único discurso geográfico existente. «*La geografía* —como se señala en el trabajo esencialmente definitorio de los planteamientos de *Hérodote*: ¿Por qué *Hérodote*? Crisis de la geografía y geografía de la crisis»— *sirve ante todo para hacer la guerra y para organizar los territorios con objeto de controlar mejor a los hombres sobre los que ejerce su autoridad el aparato estatal*. La geografía ha sido ante todo un saber político y militar, y todavía lo es. Hay que recordar que antes de la aparición de la geografía escolar y universitaria (que no data más que de fines del siglo XIX), la geografía existía y que estaba destinada no a jóvenes alumnos ni a sus futuros profesores, sino a los jefes de la guerra y a los dirigentes del Estado. La geografía ha sido ante todo un saber estrechamente ligado a una práctica política y militar, un conjunto de conocimientos heteróclitos, pero indispensables para la elaboración de las estrategias y de las tácticas».

Y es por eso por lo que, según *Hérodote*, una comprensión de la geografía que no quiera perderse en bizantinas y reductoras

erudiciones más o menos brillantes y siempre mitificadoras debe resituarse a ese saber «en el marco de las funciones que ejerce el aparato de Estado para el control y la organización de los hombres que pueblan su territorio y para la guerra». ¿No hay que tener en cuenta, por ejemplo, que la «ordenación del territorio», tan de moda en nuestros días, «no tiene como único objetivo maximizar el beneficio, sino también —como denuncia Lacoste (véase *la géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*) organizar estratégicamente el espacio económico, social y político de manera que el aparato estatal pueda estar en condiciones de yugular los movimientos populares»? ¿Es necesario recordar que el mapa, «representación geográfica por excelencia», lejos de constituir una formalización «gratuita» y «desinteresada», aparece —véase, por ejemplo, «¿Por qué *Hérodote*?»— como un medio indispensable de dominación del espacio», establecido en primer lugar «por oficiales y para oficiales»? ¿No revelaron los bombardeos estadounidenses sobre Vietnam la puesta en práctica de una minuciosa y premeditada línea de actuación que, entre otras cosas, evidenciaba con absoluta claridad —véase la «Investigación sobre el bombardeo de los diques del río Rojo (Vietnam, verano de 1972)», también de Lacoste— las estrechas «relaciones existentes entre análisis geográfico y estrategia militar» y, en definitiva, que la estrategia y la táctica del Pentágono «se basaban esencialmente en un análisis geográfico»? ¿No es cierto que Pinochet es un «eminente» geógrafo —el artículo de Varlin, *Pinochet, geógrafo*, resulta particularmente instructivo para valorar las relaciones entre geografía, ideología y poder—, y que las estrategias desplegadas en el estado militar chileno para conseguir una rigurosa dominación del espacio y de las poblaciones denotan claramente —véase el trabajo de Santibáñez, «Control del espacio y control social en el Estado militar chileno»— los eficaces servicios que puede llegar a prestar un «adecuado» análisis geográfico?

Por su parte, los profesores de geografía continúan empeñados —advierte *Hérodote*— en un irreflexivo discurso enumerativo y libresco que, eludiendo cuidadosamente —y, en general, de forma inconsciente— la fundamental y prioritaria dimensión política —y militar— del saber geográfico, no hace más que expresar con absoluta claridad «el malestar epistemológico original de la geografía de los profesores, la transformación de un saber estratégico en un discurso apolítico e inútil». No parece extraño que ante esta situación (que, al hundir sus raíces en los fundamentos mismos del estatuto definitorio de la geografía académica, carac-

teriza simultáneamente al discurso del profesor más «carca» y al del más izquierdista —como observa certeramente *Hérodote*, el profesor de geografía, «cuando quiere hablar de política, se ve obligado, de hecho, a separarse del discurso que mantiene en tanto que profesor de geografía»—), los estudiantes más politizados hayan podido acusar frecuentemente a la geografía de «ciencia reaccionaria».

Pueden distinguirse, en consecuencia, varias geografías. Por una parte, el conjunto de representaciones cartográficas y de conocimientos relativos al espacio que, configurando un saber eminentemente estratégico, ha sido y sigue siendo utilizado por las minorías dirigentes como instrumento de poder. «A la geografía de los oficiales que deciden según los mapas su táctica y su estrategia, a la geografía de los dirigentes del aparato de Estado que estructuran su espacio en provincias, departamentos, distritos, que deciden sus capitales, a la geografía de los exploradores (frecuentemente oficiales) que han preparado la conquista colonial y su «aprovechamiento», se ha añadido —se advierte en «¿Por qué *Hérodote*?»— la geografía de los estados mayores de las grandes firmas y de los grandes bancos que deciden la localización de sus inversiones en el plano regional, nacional e internacional. Estos diferentes análisis geográficos, estrechamente relacionados con prácticas, ya sean militares, políticas o económicas, forman lo que se puede llamar la «geografía de los estados mayores», desde los de los ejércitos hasta los de los grandes aparatos capitalistas».

Y, junto a la «geografía de los estados mayores», tan antigua como indudablemente «útil» y «eficaz», se encuentra esa otra modalidad de «saber geográfico» que, aparecida solamente a finales del siglo pasado, constituye la denominada «geografía de los profesores». Cuidadosamente «separada de las prácticas políticas y militares, así como de las decisiones económicas», la geografía de los profesores no hace sino disimular «la eficacia temible del instrumento de poder constituido por los análisis espaciales». Para *Hérodote*, en definitiva, la geografía de los profesores aparece como «una de las formas particularmente mitificadoras de discurso relativo al espacio», como «un discurso ideológico en el que una de las funciones inconscientes es enmascarar la importancia estratégica de los razonamientos que se refieren al espacio», como «una cortina de humo que permite disimular ante todos la eficacia de las estrategias políticas, militares, pero también de las estrategias económicas y sociales, que otra geografía permite a algunos poner en práctica».

Funciones ideológicas y mitificadoras que, por lo demás, no son ni anecdóticas ni coyunturales en la geografía de los profesores, sino que, por el contrario, hunden sus raíces —como ha demostrado sobradamente Lacoste— en las mismas definiciones básicas y originales de esa geografía académica. Fundamentalmente articulada sobre las formulaciones, no exentas de peligrosas contradicciones y de obstaculizadores y reductores conceptos, del geógrafo francés Vidal de La Blache —«el maître à penser» de la «escuela geográfica francesa»—, la geografía de los profesores no ha hecho sino permanecer fundamentalmente fiel a ese planteamiento vidaliano que —imponiendo una rigurosa «despolitización» del discurso geográfico (no hay que tener en cuenta, por ejemplo, al hombre productor y consumidor, sino al «hombre habitante») y situando en el centro de ese discurso unas «descripciones regionales» incapaces de captar adecuadamente los procesos económicos y sociales— constituye, de hecho, como ha observado expresivamente Lacoste, «un subterfugio particularmente eficaz, ya que impide aprehender eficazmente las características espaciales de las realidades económicas, sociales y políticas». No cabe duda de que «todo ocurre como si hubiera sido útil que se impusiese una forma inútil de pensar el espacio»...

Y otras formas algo menos «inútiles» de pensar el espacio fueron cuidadosamente apartadas de las perspectivas académicas: así sucedió, por ejemplo, con el pensamiento de Elisée Reclus —anarquista y geógrafo— que, algunos años antes que Vidal de La Blache, mostró la manera de plantear un saber geográfico rigurosamente consciente de los factores económicos, sociales y políticos que afectan al espacio (véase, en este sentido, el trabajo de Béatrice Giblin, «Elisée Reclus: geografía, anarquismo»). Pero la influencia de ese gran geógrafo que fue Reclus —máximo exponente, entre otras cosas, de la fundamental preocupación mostrada por el anarquismo, desde sus comienzos, por unos análisis espaciales que, por el contrario, apenas fueron atendidos por el pensamiento marxista clásico— fue prácticamente nula en el terreno de una geografía de los profesores que, eludiendo justamente, de acuerdo con las orientaciones vidalianas, esos problemas económicos, sociales y políticos, se apresuró a olvidar la importancia de las aportaciones de aquel geógrafo anarquista. Claro que, como recuerda Lacoste, «el antiguo miembro de la Comuna, ideólogo de la anarquía, vivía en el exilio, mientras que Vidal de La Blache, profesor de la Sorbona y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, compartía las ideas de Maurice Barrès...»

Por otra parte, la función mitificadora de la geografía de los profesores es compartida y reforzada por otra geografía que, en nuestros días, adquiere una amplitud y una importancia evidentes: la «geografía espectáculo», la geografía que, todos los días, practican la prensa y los carteles publicitarios, las representaciones artísticas y las tarjetas postales, las realizaciones cinematográficas y las agencias de turismo. Se trata de una geografía de reciente aparición, pero profundamente influyente: ha sido, por ejemplo, la actual «ideología del turismo» —con sus imperativas incitaciones para que conozcamos, guía en mano y cámara fotográfica al hombre, «bellos» e «incomparables» paisajes— la que ha hecho de la geografía «una de las fuerzas del fenómeno de consumo de masas». Impregnando la cultura social con geográficas «imágenes-mensajes» profundamente difundidas —impuestas— por los medios de comunicación de masas, la geografía espectáculo «nos coloca en posición de pasividad, de contemplación estética», apartando todavía más de nosotros «la idea de que algunos analizan el espacio utilizando métodos que les ponen en situación de desplegar nuevas estrategias para engañar al adversario y vencerle».

Tanto esa geografía espectáculo como la geografía de los profesores —a pesar de sus diferentes procedimientos— conducen, según *Hérodote*, a los mismos resultados: «disimular la idea de que el saber geográfico puede ser un poder, que ciertas representaciones del espacio pueden ser medios de acción e instrumentos políticos» y, en relación con ello, «imponer la idea de que lo que se refiere a la geografía no depende del razonamiento, y sobre todo no depende de un razonamiento estratégico dirigido en función de un contenido político». ¿Se consideraría muy descabellado, por ejemplo, analizar los paralelismos «entre los efectos ideológicos de los westerns y los de los manuales de geografía»?...

Es precisamente la geografía de los profesores —una de las geografías existentes— la que se encuentra en una situación particularmente crítica y problemática, tanto en el nivel del curso escolar y universitario —nivel socialmente dominante desde el punto de vista de las repercusiones ideológicas de la geografía de los profesores— como en el de las más «profundas» producciones que, con un alcance social evidentemente exiguo (¿quién lee las «grandes» tesis geográficas?), constituyen las investigaciones académicas. Comenzando a constatar —advierte *Hérodote*— el hecho de que sus investigaciones espaciales, aparentemente «neutras» y estrictamente sometidas a las reglamen-

taciones de una «cientificidad» supuestamente incuestionable— «no es cuestión de preguntarse en una tesis de geografía para qué, para quién podrían servir todos esos conocimientos acumulados»—, constituyen fuentes de fundamental valor para «los servicios de documentación o de información de los grandes aparatos de Estado o de los muy grandes grupos capitalistas», algunos geógrafos universitarios empiezan a plantearse el fundamental y crítico problema del sentido real y de las verdaderas funciones de sus elaboraciones científicas, empiezan a plantearse, en definitiva, la necesidad de cuestionar profundamente sus habituales prácticas investigadoras y sus consabidas —y no tan «evidentes» como se ha pretendido— conceptualizaciones tradicionales y la necesidad de asumir radical y conscientemente responsabilidad de sus análisis espaciales.

Porque «los geógrafos deben ser conscientes de que, al analizar espacios (incluso solamente desde el punto de vista de sus características «físicas») suministran informaciones que permiten actuar sobre los hombres y las mujeres que viven en esos espacios». Inmerso en una situación de grave y decisiva contradicción —«el problema no se sitúa solamente entre el investigador y el poder, sino entre el investigador, el poder y las gentes que viven en el espacio al que se refiere la investigación»—, sometido a una disciplina «científica» que elude cuidadosamente las implicaciones políticas y estratégicas de la práctica investigadora —«son las investigaciones de geografía cuantitativa y de cartografía automática (investigaciones en las que los geógrafos de extrema izquierda han tenido un papel muy importante) las que han hecho posible la puesta a punto de las técnicas de lo que se ha llamado la “guerra electrónica” en Indochina»—, el geógrafo actúa, de hecho, como «un espía inconsciente, un espía que frecuentemente prefiere ignorar quién utilizará las informaciones que proporciona». Y es que, como advierte significativamente *Hérodote*, «en la medida en que ejerce una función científica, en que produce informaciones, ideas nuevas a propósito de tal espacio o de la población que vive en él, el geógrafo debe considerar que es, lo quiera o no, *un agente de información* al servicio del poder». No resulta extraño, desde luego, que algunos geógrafos comiencen a interrogarse sobre sus responsabilidades y a cuestionar radicalmente los hasta ahora incontestables presupuestos básicos de su práctica «científica».

Sin atender a las maniqueas «razones» de lo que *Hérodote* ha denominado «el espectro del cientifismo» —esa ilusión de que «basta con hacer ciencia para resolver los problemas de nuestra

sociedad»—, negándose a continuar jugando el juego, tan querido para ese espectro, de «pasarse la vida preguntándose si la geografía (universitaria) es realmente una ciencia, diciendo que no lo es, buscando a golpe de citas la buena definición de la ciencia», considerando importante y necesaria la «reflexión epistemológica», pero oponiéndose abiertamente al bloqueo propiciado por «una reflexión estrictamente epistemológica y únicamente reservada a los iniciados», algunos geógrafos comienzan a ocuparse prioritariamente —véanse las consideraciones de *Hérodote* a propósito de «El espectro del cientifismo»— «de las relaciones entre la teoría y la práctica, de las funciones ideológicas y estratégicas de saber geográfico, de la necesidad política de que el saber-pensar-el espacio no sea ya privilegio de los estados mayores militares o financieros, sino que pueda ser practicado por los militantes y los ciudadanos». Porque, como se advierte en «¿Por qué *Hérodote*?», «tras haberse preguntado ¿para qué sirve la geografía?, hay que preguntarse no sólo ¿a quién sirve?, sino ¿a quién puede servir?».

Pero es, sin embargo, en el nivel del discurso escolar y universitario en el que se manifiesta con más espectacularidad y con mayor alcance social la crisis de la geografía de los profesores. Crisis de un discurso geográfico «mitificado» y «mitificador» que, en definitiva, «indica quizá —como plantea *Hérodote*— que la cortina de humo está disipándose y que la importancia estratégica de los problemas espaciales no puede ya disimularse». Habiendo pasado del interés al aburrimiento y del aburrimiento al rechazo explícito, los estudiantes no parecen ya dispuestos a seguir soportando las trasnochadas y soporíferas descripciones de una «disciplina» que «elimina la dimensión política» de las situaciones espaciales —dimensión política que no pasa desapercibida para la prensa o la televisión, que proporcionan informaciones bantante más valiosas que los cursos de geografía a unos estudiantes cada vez más sensibilizados— y que, en definitiva, aparece «como un saber inútil donde no hay nada que entender». La crisis de la geografía de los profesores —frontalmente cuestionada, de forma más o menos explícita, por los estudiantes y crecientemente desacreditada también entre los restantes «especialistas» —expresa con suficiente claridad lo que *Hérodote* considera la evidente imposibilidad de mantener un discurso pretendidamente «neutro», «apolítico» e «inútil» sobre el espacio en momentos en que, precisamente, se comienza a tomar conciencia de «la amplitud creciente adquirida por un cierto número de problemas muy graves que están hoy, en gran parte, planteados en términos geográficos».

Porque, en efecto, la crisis de la geografía de los profesores coincide con una situación de fundamental crisis global que, en gran medida, se manifiesta —y se percibe— en términos geográficos. La alarmante degradación de las relaciones hombre-naturaleza, la explosión demográfica en determinados países, la creciente problemática urbana, la agudización de las desigualdades espaciales o los conflictos territoriales directos o indirectos entre grandes potencias aparecen como «síntomas fundamentales de una crisis global conformada por el desarrollo dialéctico de varias grandes contradicciones». Pero resulta curioso comprobar que incluso la mayoría de los que aparecen más preocupados por desentrañar y analizar las contradicciones existentes se muestran rígidamente bloqueados respecto al desenmascaramiento de unos procesos de diferenciación espacial que, generalmente, permanecen ocultos —peligrosamente ocultos—, a pesar de su evidente importancia política y estratégica. Y esa miopía resulta particularmente significativa —y chocante— en el caso de tantos exhaustivos análisis procedentes de la izquierda que, únicamente atentos al «desarrollo histórico global» de la crisis mundial, olvidan plantear el análisis espacial —geográfico— de unos procesos de diferenciación que, siendo esenciales para comprender la verdadera heterogeneidad de los problemas y de las estrategias planteadas, resultan imposibles de captar desde una perspectiva exclusivamente temporal.

Porque, como se advierte en *Hérodote*, la crisis global «no se manifiesta uniformemente en la superficie del globo, sino que, por el contrario, toma formas cada vez más diferenciadas —aunque cada vez más estrechamente relacionadas—. Ese proceso de diferenciación está todavía muy mal analizado: a él se alude al constatar, de una forma extremadamente esquemática, los contrastes que existen entre los países llamados desarrollados y los países llamados subdesarrollados. Pero esta diferenciación, que está ligada a los efectos contradictorios de los fenómenos relacionales, cada vez más rápidos y estrechos, se manifiesta no sólo a nivel planetario, sino en el seno del «tercer mundo», así como en el seno del grupo de los países más industrializados, pero también en el marco de cada Estado, así como en el marco de las distintas «regiones» que se considera adecuado distinguir para cada uno de ellos. Esta diferenciación no se manifiesta sólo en relación con los indicadores económicos a los que, siguiendo a los economistas, se ha hecho habitual referirse. Se manifiesta también en el plano de cada uno de los diferentes grandes tipos de contradicciones que parece útil distinguir (por ejemplo, las contradicciones

demográficas, las contradicciones que se refieren a la polución, las contradicciones políticas, etc.). Sus interacciones, su enmarañamiento deben concebirse no sólo en el tiempo (lo que se comienza a hacer), sino sobre todo en el espacio (lo que aún no se ha iniciado)».

Parece necesario, en consecuencia —y *Hérodote* insiste en ello—, plantearse expresamente, en momentos en que la crisis de la geografía de los profesores traduce la inoportunidad de seguir obstinados en un discurso «inútil», la necesidad de contar con un saber geográfico que, explícita y radicalmente consciente de sus responsabilidades, se configure como un instrumento adecuado para llegar a comprender activamente los problemas y las contradicciones espaciales existentes. Y es precisamente en la línea de esas pretensiones en la que se mueven las proposiciones operativas de la revista *Hérodote*: de una revista comprometida en el «proyecto de plantear los problemas de la geografía en función de las *estrategias*, de las prácticas militares, políticas, económicas en relación con el espacio y en función de las *ideologías*, de las representaciones del espacio, ya se expresen en el terreno del saber, de la escuela, de la estética o de los media». Para ello es necesario reflexionar críticamente sobre los distintos tipos de discursos y de representaciones que se refieren al espacio —«la geografía de los profesores, la cartografía, los paisajes, los de los pintores, los de las películas y los de los carteles»—, pero también «es importante, sobre todo, orientar la reflexión sobre la práctica de los que tienen poder sobre el espacio, de los que deciden el desarrollo de las ciudades y de las implantaciones industriales, de los que dirigen el Estado y, finalmente, de los que hacen la guerra».

Porque, según *Hérodote*, «no se trata, sin duda, tanto de atacar a una geografía para construir otra, como de combatir para que la capacidad de analizar el espacio, el saber pensar el espacio, que es fundamentalmente un saber estratégico (saber organizarse, saber combatir en él) no sea ya privilegio de las minorías en el poder, sino que se convierta en una facultad normal para la mayoría». Intenciones conscientemente críticas y polémicas —«Critiquer, c'est mettre en crise. Polemiquer, c'est faire la guerre», puede leerse en la declaración «programática» del primer número, expresivamente titulada «Attention: géographie!»—, planteamientos abiertamente radicales y combativos que pueden ayudar —y ésa es, desde luego, una de las pretensiones fundamentales de *Hérodote* y, también, una de las pretensiones fundamentales de la selección de sus trabajos que se incluye en este

libro— a tomar conciencia de la amplitud y de la importancia de los problemas geográficos —espaciales— actualmente planteados. Intenciones y planteamientos que pueden ayudar, en definitiva, a todos los que —desde dentro y desde fuera de la geografía— pretendemos un saber pensar el espacio profundamente interrelacionado con la práctica social.
